

El próximo domingo se celebran elecciones generales para elegir al rector de los destinos familiares durante los próximos tres años en casa de don Atilano Cándido. Aparte de don Atilano, que se presenta a la reelección, figuran las candidaturas de su esposa, doña Fulgencia, y de su suegro, don José. La cifra de votantes se eleva a quince, en los que se incluyen, además de a los trece hijos del matrimonio, a la abuela y a la criada.

Don José ha prometido que si resulta elegido habrá pirulís y helados de vainilla para todos, sin distinción de edad ni sexo. Don Atilano ha hecho hincapié en una serie de mejoras que introducirá si se le es confiado un nuevo mandato, entre las que destacan: autorización para que los varones mayores de dieciocho años lleguen a casa a las once de la noche en lugar de a



ELECCIONES FAMILIARES

las diez, aumento de un 50 por ciento en la paga semanal a cada uno de sus hijos, tres horas libres por cabeza y día durante las vacaciones familiares en Benidorm y, finalmente, amnistía para los que están castigados por culpa de las malas notas. Doña Fulgencia ha difundido durante su campaña electoral el «slogan» «todos para una madre y una madre para todos» y ha prometido sensibles mejoras en el primer plato de las comidas y cenas.

Los últimos sondeos indican

que la abuela votará por cualquiera de los candidatos que no sea el abuelo, pues dice que está hasta el moño de él. La criada no oculta sus preferencias por don Atilano, que según ella es el más fotogénico y cariñoso de los candidatos. Los cuatro hijos pequeños votarán sin duda por el abuelo, por aquello de los pirulís y los helados de vainilla, y los cuatro siguientes, aunque se consideran discriminados respecto a los mayores de dieciocho años, votarán por su padre, animados por la prometida amnistía. Todos los mayores han anunciado su intención de abstenerse, en vista de que ninguno de los programas satisface sus aspiraciones, porque ha sido rechazada la candidatura del hijo mayor, cuyos planes incluían la autorización para el uso de la píldora y la legalización del consumo de drogas.

KRAP

¡QUE VAYAN HACIENDO BROMAS CON TANTAS ELECCIONES!

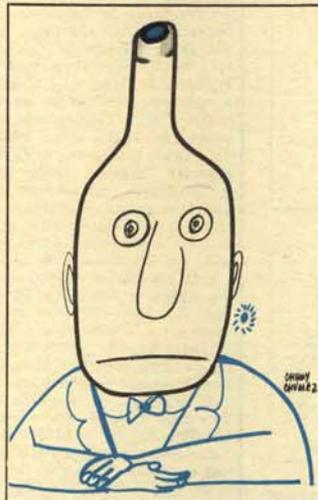


el FERRARI

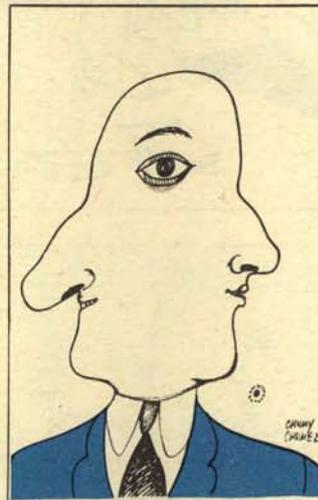
CUATRO TRISTES CABEZAS DE CABALLEROS



Caballero con diana de nacimiento para espada de Damocles.



Caballero con cabeza de tapón irrelle-nable.



Caballero Polifemo.



Caballero con medidor automático de sonrisas adulatorias.



LOS ESPAÑOLES: CASCORRO Y CHAMORRO

Un español perfecto, apto para competir y dejar bien alto el pabellón patrio en los concursos internacionales de la FAO, tendría que ser un hombre valiente como Cascorro y listo como Chamorro. Para los que no sean cultos se les puede adelantar que Cascorro

es un señor con una lata de gasolina en la mano encaramado en un pedestal, que está dando la espalda en el Rastro a los vendedores de piedras para mechero, a los turistas que compran badajos, a las pilas de pantalones de pana del siglo XVI que todavía conservan el apresto, a los cachivaches de hierro, a las cachabas y a los canarios flauta: todo en honra y loa por haber sido un héroe de la nación. Para los que no tengan la cultura puesta al día se puede añadir que Chamorro fue un famoso juriconsulto de nuestro siglo de oro, nacido en Valverde del Fresno, pueblo de Extremadura que se fundó en su honor cien años después, amigo de fray Luis en las aulas de Salamanca; de s d e a l l í

pasó a Valencia, donde escribió un diccionario castellano-valverdeño y desmitificó la palabra chufa, que los de Alboraya creían interpretar como «manantial de horchata». Pero la fama del juriconsulto Chamorro arranca de la célebre agarrada que tuvo con Torquemada, el inquisidor. Chamorro era un hombre enormemente listo y ágil de juicio; tuvo la osadía de querer empapelar al inquisidor y meterle en su propia cárcel. Eso era demasiado. Una noche oscura, la Santa Hermandad, provista de hachones, lo prendió y lo hizo suyo con argucias; se le montó pleito en Segovia, y allí, encadenado de pies ante el tribunal, se abalanzó sobre Torquemada, le soltó una retahila de

argumentos contundentes y encima le ganó para la libertad. Todo esto convenció a Torquemada, que en premio mandó al juriconsulto a tierras de Alicante, donde murió rodeado de moriscas después de haber puesto al día su famoso diccionario. El juriconsulto Chamorro fue el que acabó en España con la Inquisición.

Por eso las mocitas casaderas, en los álamos del río, en soportales ateridos de cualquier plaza mayor, bajo la comba de las golondrinas en primavera, detrás de los visillos del invierno profundo y desolado de Castilla, siempre han suspirado por tener un novio valiente como Cascorro y listo como Chamorro.

VICENT

